

VOY PARA SALVADOR ALLENDE



El Presidente Allende y una alegoría popular que lo ubica junto a Jesucristo crucificado.

La batalla final del presidente Allende convirtió su nombre en una estrella que la humanidad reconoció brillando con la más noble dignidad de nuestra época. Su nombre apareció como un clavel rojo sobre una calle, una plaza, una escuela, un auditorio, una biblioteca, un hospital, un sindicato, una cooperativa, un barco, una aldea campesina.

Ese registro que recién se comienza a hacer, constituye quizá el más grandioso memorial colectivo surgido espontáneamente en todos los continentes para inmortalizar a un héroe de un pequeño país que estremeció al mundo con su excelsa lección de lealtad y heroísmo.

Entre lo más significativo de este memorial, se consigna la decisión tomada por una comunidad indígena -huicholes- en el estado de Nayarit, México.

En 1974, Carlos González, el "maracamen",² denominación que recibe el jefe de esa comunidad indígena situada a 55 kilómetros de Tepic, Nayarit, for-

mada por unas 150 familias, integrantes de un ejido, se dirigió a la capital del estado para comprar semillas y visitar algunos parientes. En la ciudad se encontró en un basurero un ejemplar del libro "Esto pasó en Chile", del periodista mexicano Manuel Mejido. Recogió el texto que le despertó una enorme curiosidad. Durante el regreso, trató de leerlo en el camión, pero el mal estado de la carretera hizo infructuoso su empeño. A la altura de unos 45 kilómetros, se acaba la carretera y el viaje debe continuar a pie subiendo la sierra. "Este tramo lo hago habitualmente en dos horas, ahora me demoré más de cuatro", recuerda el "maracamen". La lectura de los sucesos de Chile había capturado su atención profundamente. Tres días más tarde, convocó a su gente para decirles:

"Ya tenemos un nombre para nuestro ejido... Doctor Salvador Allende, médico, hombre, revolucionario, el mejor presidente que ha dado nuestra América..."

Alguien del grupo pidió la palabra solicitando una

mayor explicación, entonces, comenzó a leer el reportaje de Mejido. "Durante una semana, relata el "maracamen", suspendimos nuestras labores para hacer la lectura completa y comentar los acontecimientos de Chile..." La comunidad quedó sobrecogida y como regresando de una aventura del pensamiento, voces al unísono expresaron su aprobación para la idea de dar el nombre de Allende al ejido.

El "maracamen" sostiene que el mayor impacto que tuvo para él y su gente esta lectura, fue la sensación de descubrir en Allende a "un hombre que murió leal a su pueblo antes de traicionar su palabra empeñada...", que Allende cumplió su palabra de honor.

El jefe indígena viajó de nuevo a la ciudad de Tepic para hacer la inscripción del nombre del ejido ante el organismo estatal correspondiente. Los funcionarios aceptaron los fundamentos y se formalizó la denominación. Desde entonces, en toda la comarca se sabe que hay un pueblo en la sierra que se llama Salvador Allende. "Voy para Salvador Allende", dicen los caminantes, mientras allá en la altura, un retrato de Allende, recortado de las páginas del libro de Mejido, ocupa un lugar en la Casa de los Dioses.

El "maracamen", un hombre alto de tez morena, rostro pétreo marcado por el sol y el trabajo, de mirada penetrante, de humanidad infinita, con sus más de 70 años cargados de sabiduría, medita y enseña a

los jóvenes el significado de la vida, la lucha y la muerte de ese líder de un país lejano que cumplió su promesa de morir antes que claudicar en su sueño de repartir a su pueblo el pan, la dignidad y la alegría.

En la sierra de Nayarit brilla el nombre de Salvador Allende como la estrella que reconocen millones de hombres de todos los continentes y colores, en el firmamento de la nueva humanidad que transita dolorosamente del reino de la necesidad al reino de la libertad.³

NOTAS:

1 Véase: "Memorial Salvador Allende", en el Vol. 10 del *Archivo Salvador Allende*.

2 Este título se gana luego de cinco años de estudios sobre diversas materias que incluye: conflictos del peyote, telepatía, medicina natural, conocimientos agropecuarios y conducción social.

3 El autor agradece al compañero Pedro Calderón Castro, maestro de música de la Universidad Autónoma de Sinaloa, la relación de este testimonio de su visita al ejido Salvador Allende en 1976. "Fue una experiencia inolvidable, nos dice, yo vi el retrato de Salvador Allende en la Casa de los Dioses... estoy seguro que ellos captaron mejor que muchos el mensaje que Allende legó a los explotados del mundo..."



Foto en familia, en el jardín de la calle Guardia Vieja: Isabel, Tencha, Allende, Tati y Carmen Paz.